

## Los tres Templos

por

Jorge Norberto Cornejo

Mucho se ha dicho y escrito acerca del simbolismo del Templo masónico, y aquí no pretendemos agregar nada más. Tampoco es nuestro propósito profundizar en el concepto o el significado del término “Templo”. Lo que deseamos presentar, con toda humildad, es un aporte que nos parece puede contribuir al desarrollo de una *técnica* iniciática.

El problema de la *técnica* es muy importante desde el punto de vista masónico. El yoga tiene su *técnica*, las infinitas y diversas escuelas de meditación, la suya. Hasta la religión tiene, en cierta forma, una *técnica*, dada por la oración, los sacramentos, etc. Pero, ¿y la Masonería? ¿Podemos denominar *técnica* a un estudio más o menos desordenado de los símbolos? ¿Podemos llamar *técnica* a la acumulación de innumerables grados de los que jamás se ha efectuado ni el más mínimo signo o toque de manos? ¿Podemos llamar *técnica* a elevar preces y plegarias más propias de una iglesia fundamentalista que de una Logia masónica? Una *técnica* implica siempre algún método, un cierto grado de disciplina, algo que se lleva adelante y se *construye* en forma ordenada.

Si entendemos la Masonería como *construcción* (y difícilmente podría ser otra cosa), la Masonería debería transformar. Toda construcción implica necesariamente una transformación, porque construir es tomar los materiales y, disponiéndolos adecuadamente, generar una forma nueva. La transformación es, entonces, triple: se transforman los materiales, se transforma el constructor y se transforman los que disfrutan la obra construida.

Y se supone que cada construcción debería aportar algo nuevo, algo que no existía anteriormente, algo que demuestre la creatividad del constructor y que no sea mera repetición de lo ya existente.

Ahora bien, ¿cómo construir? Quien esto escribe fue, durante mucho tiempo, miembro activo de la Orden Rosacruz (AMORC) y de la Orden Martinista Tradicional (OMT). Muy lejos está de mi intención efectuar el panegírico de estas Órdenes, cuyos errores (muy numerosos) y frecuentes contradicciones culminaron en el abandono de las mismas, hace ya muchos años. Sin embargo, aún de las malas construcciones puede quedarnos algo, y en el tema que nos ocupa, ese parece ser el caso.

En efecto, la Orden Rosacruz tiene lo que denomina el *Sanctum* y la Orden Martinista el *Oratorio*. Ambos nombres me parecen muy poco apropiados, al menos desde un punto de vista masónico, pero el concepto es valioso. La idea del *Sanctum* de los Rosacruces es sencilla: mantener un espacio privado, en el hogar de cada Iniciado, y consagrar dicho lugar dedicándolo periódicamente al estudio y la meditación. Se sugiere *adornar* dicho *Sanctum* con símbolos alusivos y relativos al trabajo que se está efectuando: incienso, velas y otros implementos.

Esta forma de trabajar podría perfectamente adaptarse para el trabajo masónico. Simplemente, la idea sería que cada masón tuviera un lugar en su casa dedicado exclusivamente al estudio y la reflexión sobre las ideas masónicas. Yo no llamaría a dicho lugar ni Sanctum ni Oratorio, porque ambos términos presentan una cierta connotación religiosa (de lugar para orar, para rezar), que aquí no nos interesa. Lo llamaría *Taller*, es decir, lugar para trabajar.

El Taller es el que cada Hermano, individualmente, talla su piedra y realiza su trabajo. Sugeriría que, cada vez que un Hermano ingresa a este taller privado para trabajar, lo haga llevando el mandil, la banda y la joya del grado que corresponda. Y que decore el Taller con los símbolos más apropiados para dicho grado. Si trabajará en Aprendiz, por ejemplo, que coloque una piedra bruta y tres velas. La escuadra y el compás, en la posición correspondiente a cada grado, deberían siempre estar presentes. Y, desde mi punto de vista, cuantas más herramientas operativas pudiese haber, más valor iniciático tendría el Taller. Cada masón puede decorar su propio Taller según su gusto y según los símbolos que, individualmente, considere más importantes en cada grado.

Hasta podría generarse un Ritual, muy sencillo, para abrir y cerrar estas “tenidas de un solo Hermano”<sup>1</sup>, Ritual en el que se pronunciarían las Palabras y se ejecutarían los signos y posturas del grado. ¿A qué actividad, a qué tipo de trabajo, podríamos dedicarnos en este Taller personal? La respuesta es obvia: al estudio. ¿Al estudio de qué? De los Ritos y de los Rituales, porque en Ritos y Rituales encontramos los símbolos.

No hay nada más enriquecedor, masónicamente hablando, que leer y estudiar Rituales de diferentes Ritos y Obediencias. En este caso, aprendemos por medio del contraste, alcanzamos la Unidad a partir de la diversidad. En los Rituales masónicos se superponen el oro y el barro. Ideas profundas y símbolos sublimes coexisten con trivialidades y afirmaciones banales y carentes de propósito. En el Taller personal podríamos aplicar el mazo y el cincel sobre los Rituales, como si estos fuesen piedras brutas, y “*llevarlos a una forma acorde con su destino*”. Hay mucho para mejorar, para tallar, para pulir, en los Rituales y en los Ritos<sup>2</sup>.

Hago un propuesta: que varios Hermanos decidan, el mismo día y a la misma hora, cada uno en su Taller personal, leer y estudiar el mismo Ritual. Cada uno realiza su trabajo en soledad, pero es consciente de que otros, al mismo tiempo, están haciendo lo mismo. No quiero fantasear sobre cuestiones esotéricas relativas a la “comunidad de los pensamientos”: tal idea me parece muy atractiva, pero no tengo forma de demostrarla. Lo que sugiero es que se establezca, de esta forma, una comunidad de trabajo y de propósito compartido.

---

<sup>1</sup> Este concepto está presente en algunos Rituales del grado 18° (Caballero Rosacruz), en los que se indica, respecto de la Cena Mística, que si un Caballero está solo en una localidad, en la que no existe ningún Capítulo, de todas formas realice el Ritual y “se una en espíritu a todos los Caballeros del Mundo”.

<sup>2</sup> Por eso, el Ritual NO es un dogma, sino un material sobre el que debemos trabajar. Cito a Daniel Beresniak: “¿Repensar las ideas recibidas? Ese es el oficio del constructor?” Entre las ideas recibidas que deben ser repensadas no excluyo, sino que coloco en primer lugar, los Rituales masónicos.

Y quisiera avanzar un paso más: que estos Hermanos, que han decidido trabajar individualmente en forma simultánea, pertenezcan a diferentes Ritos u Obediencias. Estarían así por encima de las divisiones infinitas que denigran a la Masonería, y que transforman la noción de “fraternidad” en una palabra vacía. La ambición ridícula de poder (un poder que, la mayoría de las veces, es puramente ficticio), que generalmente no es más que una forma de compensar las frustraciones de la vida personal, divide; el estudio compartido y coordinado, une.

Si los Hermanos que han acordado realizar esta práctica luego pueden reunirse e intercambiar sus experiencias y conclusiones, creo que resultaría algo muy fructífero.

Denomino a este taller personal e individual el *Primer Templo*.

Ahora, quisiera tomar otro concepto iniciático, muy conocido. Es el de la *egrégora*. Como todos sabemos, la *egrégora* se interpreta como una especie de *espíritu de grupo*, como una cierta confraternidad de mentes, como una unidad en cierta forma trascendente, que establece una hermandad “espiritual”<sup>3</sup> entre los miembros de un grupo iniciático. Por supuesto que este “espíritu colectivo” existe en cualquier agrupación, sea esta iniciática o no, y su realidad e importancia puede observarse claramente en los grupos dedicados a la competencia deportiva. Sin embargo, se supone que, si nos referimos a alguna organización iniciática, la *egrégora* se sitúa (o debería situarse) en un plano superior.

Esto es lo que se simboliza en los rituales masónicos con el acto de “formar la cadena”.

Ahora bien, la *egrégora* no es algo dado, no es algo que exista automáticamente *per se*. La *egrégora* se *construye*. Y la construcción de cualquier cosa implica una técnica.

La técnica iniciática por excelencia ha sido siempre la meditación. El problema es que bajo esta palabra se han cobijado infinidad de técnicas diversas, tanto orientales como occidentales, no siempre coincidentes entre sí. Al igual que cuando utilicé el término “espiritual”, que no me convence, pero que es el único término conocido que se aproximaba a la idea que quería transmitir, aquí me veo obligado a utilizar el término “meditación”, a sabiendas de que quizás pueda estar sugiriendo algo diferente a lo que realmente pretendo decir. Por “meditación” no me estoy refiriendo al mero acto de pensar, ni al entrar en un estado de somnolencia, ni al abandono pasivo de la actividad mental para abrirse a determinado tipo de experiencias.

La pregunta es, entonces, ¿qué forma de meditación? Aquí quiero apropiarme nuevamente de un concepto de la Orden Rosacruz. Ese concepto era llamado, originalmente, “La Catedral del Alma”, y luego pasó a denominarse “El Sanctum Celestial”. Ambos términos son absolutamente inadecuados, y realmente prefiero no utilizar ninguna denominación, antes que referir a cualquier expresión que recuerde alguna idea de tipo religioso<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> Utilizo el término “espiritual” a falta de otro mejor, pero reconozco que no es enteramente apropiado.

<sup>4</sup> La cuestión de las palabras ha sido capital, como puede advertirse, en todo este trabajo.

La técnica en cuestión es la siguiente: se trata de visualizar mentalmente un Templo. En la aplicación que nos interesa, visualizaríamos el Templo masónico, correspondiente al grado en que deseamos trabajar. Con los ojos de la mente, con la imaginación, iríamos viendo en la pantalla de la consciencia todos y cada uno de los detalles del Templo. Comenzaríamos con las cámaras exteriores, para seguir con el pavimento, con los altares, las paredes, el Oriente, etc. Nos convertimos en una especie de constructores mentales, colocando en su lugar cada piedra, cada detalle, cada decoración. Esto, por supuesto, requiere tiempo y práctica, y nada puede conseguirse si previamente no se han estudiado los Rituales y los símbolos de cada grado. Es un error, por lo tanto, creer que la meditación debe ser un abandono del intelecto y del pensamiento racional; de hecho, la disciplina que proponemos sólo puede tener utilidad si se la realiza *a posteriori* de un intenso y profundo trabajo intelectual sobre el simbolismo del grado.

El paso siguiente sería visualizar este Templo, creado mentalmente por nosotros, con sus Oficiales y miembros. Y el tercer y último paso, visualizar en el mismo una Tenida, con su Ritual de Apertura y Clausura.

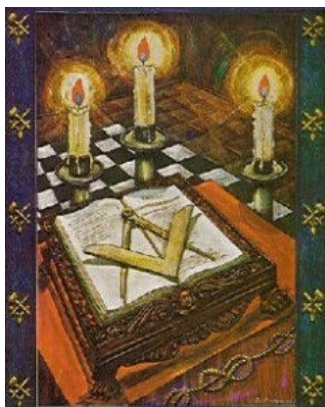
Este ejercicio quizás no sea más que una gimnasia mental pero, en el peor de los casos, es una disciplina útil para recordar el simbolismo esotérico de cada uno de los 33 grados, y para profundizarlo. Requiere paciencia, requiere disponer de unos minutos de cada semana para sentarse y construir, aunque esto último debería ser una rutina para el masón.

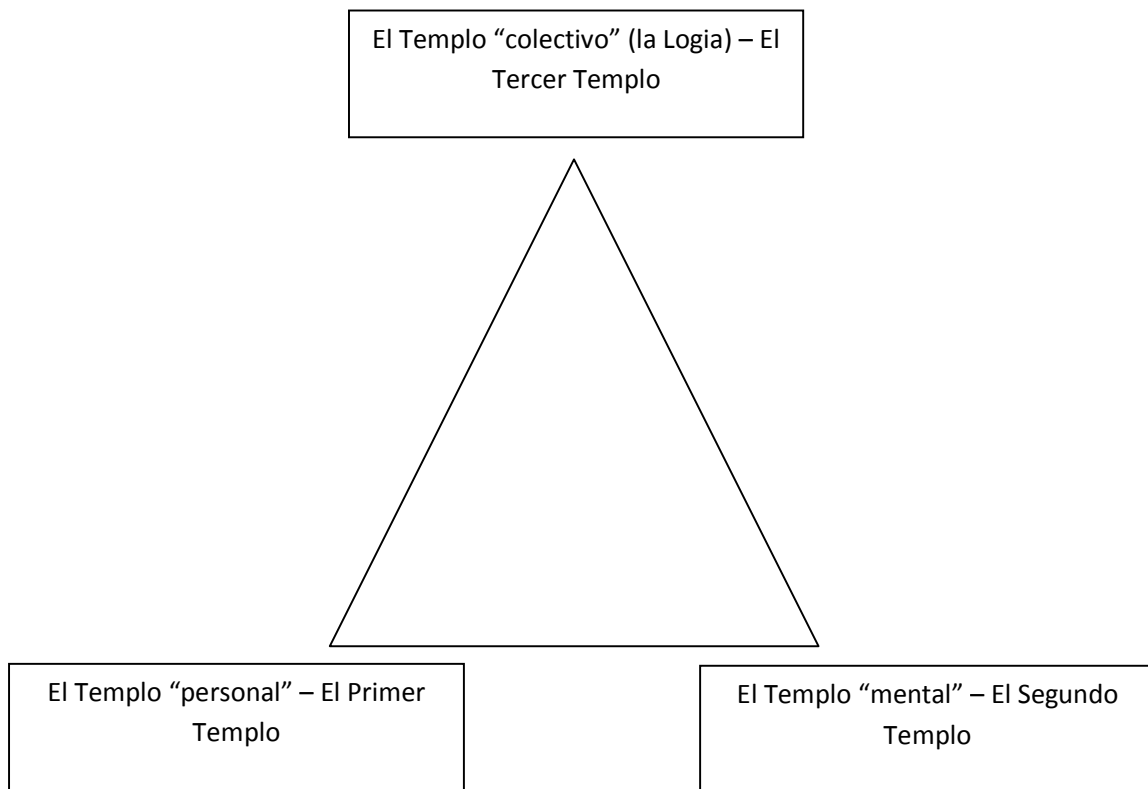
No hay ninguna condecoración, ningún título pomposo que exalte el ego, como resultado de esta práctica, sólo una comprensión superior.

Llamaré a esta construcción mental el *Segundo Templo*.

El *Tercer Templo* es algo obvio: es el Templo material, concreto, en que se reúnen los masones para trabajar en forma colectiva.

Tenemos así un “ternario de Templos”: el Taller personal e individual en el hogar, el Taller construido mentalmente por medio de la visualización y el Taller de reunión grupal, que es el único que habitualmente denominamos “Templo”. Mucho podría decirse sobre este ternario y su significado esotérico, que podemos relacionar tanto con las tres luminarias del Altar como con las Tres Luces que gobiernan la Logia y hasta con la transmisión trisilábica de la Palabra Perdida.





Si nos guiamos por los conceptos generales que rigen el simbolismo del ternario debemos reconocer que estos “tres Templos” se encuentran en relación e interacción mutua. No podemos construir mentalmente ningún Templo si primeramente no conocemos las características del Templo material, concreto. De este tomamos los símbolos que luego, en escala “reducida” formarán nuestro Taller o Templo personal. El Templo “colectivo” nos proporciona los materiales de trabajo. De esos materiales extraemos nuestras propias conclusiones, y luego las volvemos a proyectar en el Templo colectivo. Es una especie de “rueda” o “rota”, para emplear la terminología alquímica, en la que cada símbolo va circulando por los tres Templos: personal, mental y colectivo, y en cada uno de ellos se enriquece y resignifica.

Esta “práctica ternaria” me vino a la mente mientras estudiaba el grado de “Gran Maestro Arquitecto”, 12° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, grado muy poco practicado pero que, tal como su mismo título lo sugiere, debería ser fundamental para todo el trabajo masónico.

Si alguna vez, uno o varios masones llevan esta disciplina sugerida a la práctica, me gustaría saber qué resultados obtuvieron, así como todas las sugerencias, críticas y mejoras que sean pertinentes:

mognitor1@yahoo.com.ar